

*Sin pulso y vocinglera. La prensa española ante la
Guerra hispano-cubano-norteamericana*

Pulseless and vociferous. The Spanish press before the
Spanish-Cuban-American War

Edel Lima Sarmiento

Universidad Iberoamericana de México

Resumen: Las principales publicaciones españolas mantuvieron una actitud dolida y prudente luego de la explosión del acorazado Maine en la bahía de La Habana, pero cuando apreciaron que la conflagración entre Estados Unidos y España era inminente, crearon el clima emocional proclive a la guerra en la creencia de que se iba a ganar y, desde luego, mintieron y manipularon a sus lectores. Sin embargo, los periódicos ibéricos cambiaron de actitud en el transcurso del conflicto, pues cuando la guerra estaba perdida a todas luces para la Península a principios de julio, tras la derrota de la escuadra del almirante Pascual Cervera en la batalla naval de Santiago de Cuba, bajaron los humos guerreristas y dieron un giro a su línea editorial para conminar al Gobierno encabezado por Práxedes Mateo Sagasta a negociar una paz rápida, en aras de no perder tiempo para que fuera lo más ventajosa posible.

Palabras clave: Guerra hispano-cubano-norteamericana, prensa española.

Abstract: After the explosion of the battleship Maine in Havana harbor, the most important Spanish publications kept a sorrowful and prudent stance. Yet, when they considered the conflagration between the United States and Spain to be imminent, they sought to create a pro-war emotional climate, in the belief that victory would be on their side; and, of course, they lied to and manipulated their readers. However, the Iberian newspapers changed their attitude along the course of the conflict, because when the war was clearly lost for the Peninsula, after the defeat of the squadron commanded by Admiral Pascual Cervera in the naval battle of Santiago de Cuba in early July, they lowered their warmongering tone and gave a turn to their editorial line, seeking to press the Government led by Práxedes Mateo Sagasta into negotiating a quick peace settlement, not to waste time in order to make it as advantageous as possible.

Keywords: Spanish-Cuban-American War, Spanish press.

Incapacitada de poner fin a la guerra en Cuba y con una situación política cada vez más complicada en el plano nacional e internacional, España se preparaba en febrero de 1898 para olvidar sus miserias con el jolgorio del carnaval. Pero muy poco duró la felicidad y fue imposible espantar el pesimismo extendido por todo el país, cuando el día 15 de ese mes estalló el buque acorazado *Maine* en la bahía de La Habana, hecho que sirvió de pretexto a Estados Unidos para cerrar el cerco en su rejuego diplomático y acabar de intervenir militarmente en el conflicto entre el otrora imperio español y Cuba.

Dada la tensión creciente en las relaciones entre Washington y Madrid, algunos periódicos españoles habían advertido el peligro que significaba la llegada del navío estadounidense al puerto habanero en supuesto gesto de cortesía, aunque no es menos cierto que esas aseveraciones oscilaron entre la duda y la certidumbre de una edición a otra. «La visita del acorazado yankee no puede tener otro objeto que el de provocar protestas y conflictos» (Cuba y los Estados Unidos, 25 de enero de 1898: 1), aseguraba *La Época*. Dos días después *El Imparcial* se cuestionaba: «¿Qué falta hacía para las buenas relaciones entre España y los Estados Unidos la presencia del *Maine* en la bahía de La Habana? Ninguna. ¿Qué inconvenientes puede tener? Incalculables» (Contestación a Mr. Woodford, 27 de enero de 1898: 1). Pese a cierta desconfianza, nadie hubiera podido imaginar el modo tremebundo en que se desenvolverían los acontecimientos.

La noticia de la explosión del *Maine* llegó rápidamente a la Península, y la prensa ibérica del 16 de febrero de 1898 reflejó el suceso con amplitud en sus páginas y se sensibilizó con el dolor de la tragedia. «La catástrofe del *Maine* entra de lleno en el número de las grandes tristezas humanas. Nosotros, [...] nos sentimos vencidos a honrada compasión y nos consideramos incapaces de ponerla a cuenta de nuestros agravios nacionales» (Santos, 1998: 66), publicaba consternado el *Heraldo de Madrid*. Mientras algunos rotativos norteamericanos —sobre todo los influyentes *New York Journal* de Hearst y *New York World* de Pulitzer— responsabilizaron muy pronto y sin pruebas a España de la detonación del navío, las publicaciones españolas, aunque dolidas e indignadas por la acusación, reaccionaron en su mayoría con cautela y se limitaron a defender la inocencia de

[88]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

su país y denunciar los propósitos de tales manipulaciones. Como otros de sus colegas, el propio *Heraldo de Madrid* apuntaba: «La malignidad de los enemigos de España y el afán de explotar noticias novelescas y sensacionales, parecen empeñados en hacer de la desdichada voladura del *Maine* causa de un conflicto entre nuestra nación y la norteamericana» (Actitud de España, 18 de febrero de 1898: 1).

No obstante, algunos diarios como *El Progreso* y *El Nacional*, de no mucha tirada y vinculados a facciones políticas extremistas, sí utilizaron el accidente desde un inicio para crear en sus lectores un sentimiento favorable a la confrontación militar con Norteamérica.¹ En los días sucesivos, esa postura belicista se extendería a casi toda la prensa española, pues en la medida en que esta avizoró el peligro cada vez más real de una conflagración bélica, abandonó la posición prudente y razonable que hasta ese momento había mantenido ante las exageradas campañas que, desde hacía algunos meses, desataban los periódicos de Estados Unidos para dañar la imagen de España.

En consecuencia, durante el período en que se investigaron las causas del estallido del *Maine* hasta que se dieron a conocer los resultados hacia finales de marzo, la prensa española, al igual que la norteamericana, comenzó a hablar seriamente de guerra con una actitud tan provocativa como irresponsable. Salvo muy contadas excepciones —de la prensa socialista, como se apuntará más adelante—, la mayor parte de sus publicaciones se pronunciaron en favor de la solución armada ante las exigencias de la potencia americana, y no solo los periódicos militares (*La Correspondencia Militar*, *El Ejército Español* y *El Correo Militar*) y

¹En su edición del 17 de febrero de 1898, *El Nacional* consideraba la explosión del buque norteamericano como una venganza providencial: «El *Maine* era en La Habana una injuria a la bandera española, y el brazo de la Providencia sumerge la injuria en el fondo de los mares [...]» (Armero, 1898: 49). Mientras tanto, *El Progreso* del 19 de febrero valoraba de «ofensa intolerable» tan solo la sospecha de que el Gobierno español hubiera tenido alguna participación en la catástrofe y llamaba a la guerra ignorando otras fórmulas más convenientes a los intereses españoles: «España no quiere sufrir ya más humillaciones ni más vergüenzas. Si al fin y al cabo ha de ser la guerra; si esa ha de ser, por desdicha, la solución de este conflicto que se va prolongando más de lo que consiente el honor nacional; si eso es lo que han querido los Estados Unidos, venga cuanto antes [...]» (Bolado, 1991: 114-115).

los de partido o tendencia personalista (los liberales *El Correo* y *El Globo*, los conservadores *La Época* y *El Tiempo*, los republicanos *El País* y *El Progreso*, el carlista *El Correo Español*, el integrista *El Siglo Futuro*, *El Nacional* de Romero Robledo y *El Día* de Segismundo Moret), los cuales podían tener ciertas razones para apoyar esa salida al conflicto, sino también los grandes diarios como *El Imparcial*, *El Liberal*, *Heraldo de Madrid* y *La Correspondencia de España*, de los que por su condición de empresa periódica independiente cabía esperar una actuación más lúcida y orientadora en vez de contribuir decisivamente a crear el clima emocional de concebir la guerra como un evento inexorable (Cruz, 1998: 287).

No es de extrañar, entonces, que en fecha tan temprana como el 23 de febrero de 1898, pudiera leerse en *El País* que «el problema cubano no tendrá solución mientras no enviemos un ejército a los Estados Unidos» (Tobajas, 1984: 531). Mensajes similares se hicieron reiterativos en los editoriales de los impresos de aquellos días, que, aun cuando en ocasiones se pronunciaron por el entendimiento entre los dos países, coincidían en que llegado el momento no habría más remedio que ir al campo de batalla.

Para convencer a la opinión pública nacional de lo inevitable del enfrentamiento militar —o en parte arrastrados por ella, como luego se dijo a la hora de rendir cuentas—, los periódicos españoles realizaron una campaña poco objetiva y alejada de la realidad, basada en la exaltación del patriotismo, las glorias pasadas del imperio hispano y la confianza en que la victoria le correspondería a España. Prueba de un desconocimiento total, se llegaron a divulgar una sarta de tonterías que pretendían demostrar la superioridad del Ejército español sobre el norteamericano² y se lanzaron las sentencias más bravuconas: «Nuestros cien mil soldados aplastarán a los apenas treinta mil americanos» (Gómez, 1974: 43).

² Gómez Aparicio (1974) resume algunos de los argumentos de la prensa española por esos días: «[...] no se debía conceder demasiada importancia a la amenaza norteamericana, ya que los famosos acorazados eran unas pesadas máquinas incapaces para maniobras rápidas y poco manejables por la complejidad de sus mecanismos; por lo que atañe a la lucha terrestre, el soldado español, uno de los mejores del mundo, primaba sobre el norteamericano,

Aun cuando poco después se reconocía la supremacía militar y económica estadounidense, a ella se opuso por el bando español «las ventajas espirituales, el derecho, la razón, la elevada conciencia del deber, la resolución heroica, el sentimiento del honor y del patriotismo» (Armero, 1998: 73), lo que era suficiente para el triunfo porque, de acuerdo con una extravagante comparación de *El Imparcial*, «más fuerza material que la que poseen los Estados Unidos respecto de España, tiene un toro con relación a un hombre y, sin embargo, Mr. Woodford ha podido ver cómo al toro se le torea» (España no se asusta, 15 de marzo de 1898: 1). Esos alardes también se estimularon desde un segmento de las altas esferas del poder, interesado en la opción bélica, como lo demuestran las declaraciones hechas a la prensa el 6 de abril por el ministro de Guerra, general Miguel Correa, quien manifestó que ojalá los españoles no tuvieran un solo barco, para poderles decir a los norteamericanos desde Cuba y desde la Península: «¡Aquí estamos! ¡Vengan ustedes cuando quieran!» (Gómez, 1984: 44).

Sin embargo, no pocos periódicos manifestaron su preocupación por el hecho de que España se armara cuanto antes y comprara modernos buques de guerra con el objetivo de que el conflicto no la cogiera desprevenida y, al mismo tiempo, impusiera respeto al enemigo. Ello evidenciaba el doble rasero de ese discurso belicista y que muchos de esos impresos tenían plena conciencia de la inferioridad del armamento español con respecto al de Estados Unidos, por lo que su desbordamiento patrioterico era en muchos casos un modo de mantener en alto la moral nacional. «Lo que el Gobierno debería es prepararse para las contingencias inmediatas y esto no se ve», exigió el *Heraldo de Madrid*, mientras *El Ejército Español* clamó: «No podemos aguardar a improvisarlo todo en el momento preciso del

improvisado y sin una tradición castrense. Fueron varios los periódicos que dieron la 'noticia' de que los voluntarios concentrados en Tampa (Florida) aprendían la instrucción con escobas porque carecían de suficientes fusiles, y hubo alguno —concretamente *El Ejército Español*— que expuso seriamente a sus lectores la posibilidad de un alzamiento de los pieles rojas en la retaguardia de los Estados Unidos, a lo que indudablemente —afirmaba el periódico— podía ayudar al Gobierno español» (: 41).

conflicto...» (Tobajas, 1984: 533). En esa misma línea de pensamiento se expresó en múltiples ocasiones *El Imparcial*, el que por años —en una causa que tuvo como adalid a su director, el diputado a Cortes Eduardo Gasset— había luchado en vano por la modernización de la marina de guerra española, según lo establecía desde 1887 la siempre preterida ley de reconstrucción de la escuadra (*cfr.* Sánchez, 1998). Ahora bien, estas publicaciones olvidaban un detalle esencial: dada la urgencia de las circunstancias, su reclamo solo podría cumplirlo un país con abundantes riquezas; y ese, desde luego, no era el caso de España (Sevilla, 1996).

En su afán belicista, otro de los recursos utilizados por la prensa española fue estimular el sentimiento *antiyanqui*, reacción de por sí natural en este tipo de situaciones y que no resultó difícil de moldear por el comportamiento injerencista de Estados Unidos. Por ello, a los norteamericanos se les identificó en las caricaturas con la figura del cerdo, para representar su sucio papel en el conflicto hispano-cubano, y se les calificó —no distantes en su severidad de las ofensas lanzadas contra los españoles en las publicaciones sensacionalistas de Norteamérica— de «falsos e hipócritas», «mercaderes», «tenderos», «débiles y borrachos», «atentos más al tanto por ciento que a las desdichas de los pueblos», «viles, traidores e imperialistas», o al decir de *El País* en palabras aún más duras: «el pueblo *yankee* es un indigno pueblo de canallas», «pueblo de bandidos, de desahuciados, escoria del género humano» (*cfr.* Sevilla, 1998).

Además, fiel defensora de su postura guerrerista antes de preferir la humillación, la prensa española no dejó de criticar al Gobierno de Práxedes Mateo Sagasta —que hacía todo lo posible para evitar la guerra— por su debilidad frente a las exigencias continuas de Washington. Esa actitud llegó a su clímax cuando el 10 de abril, como parte de la mediación de Europa y del papa León XIII, España concedió un inútil armisticio a los rebeldes cubanos, quienes no lo habían pedido ni estaban dispuestos a aceptarlo. Indignados, muchos de los periódicos valoraron de entreguismo la decisión de Madrid, acusaron a las potencias europeas de intervenir tarde y mal, y no faltó entre los impresos uno que indicara al Sumo Pontífice que, «puesto que ya pasó la Semana Santa, ya no tiene por qué interponer sus rezos entre *yankees* y españoles» (Gómez, 1974: 45).

[92]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

En verdad, si en algo no les faltaba razón a muchas de las publicaciones españolas era que por más que hiciera España por impedir la guerra, Estados Unidos la buscaba a toda costa. Finalmente, el 11 de abril de 1898, el presidente norteamericano McKinley abrió las puertas al estado de guerra cuando solicitó con su Mensaje al Congreso la autorización para socorrer a los reconcentrados cubanos e intervenir militarmente en la Isla si, por causas humanitarias, lo consideraba necesario. Aunque se sabía que el mandatario norteamericano era «un Bismarck de guardarropía» (Bolado, 1991: 132), algunos pocos diarios como *La Época*, *El Imparcial*, *El Día* o *La Iberia* todavía apreciaron en su postura alguna esperanza para la negociación, pero la gran mayoría de la prensa se hizo partícipe de la inminencia de la contienda y coincidió en juzgar el texto como «de gran hostilidad», «irritante farsa que están representando», «harto categórico en la ofensa, decisivo y terminante en la amenaza», entre otros calificativos por el estilo (Tobajas, 1984: 533-534).

Luego de declararse oficialmente la guerra entre los dos países el 25 de abril, los periódicos se agruparon patrióticamente al lado del Gobierno —que por esos días sufría una crisis ministerial—, animaron al pueblo a tener fe en los valores patrióticos de honor y heroísmo, y lo movilizaron para que contribuyera a la contienda con todas sus posibilidades en hombres y dinero. Sin perder la costumbre de su retórica pomposa, aunque en esta ocasión más enardecidos que antes, menospreciaron el poder militar de los norteamericanos y se sobrepasaron en las alabanzas al Ejército español. Aun cuando muchos conocían cuánto estaba en juego, no les quedó otra opción que saludar con optimismo la llegada de la guerra, como lo hizo el republicano *El Progreso* el 22 de abril de 1898:

El camino de la paz se ha cerrado y solo queda pelear como buenos y morir como saben hacerlo los españoles... No somos partidarios de la guerra. No la queremos ni la hemos querido nunca, pero puesto que la quiere la pérfida nación brutal que se cree fuerte porque es rica, que se cree justa porque defiende los intereses de unos cuantos millonarios, vamos a la guerra [...]. Vamos a defender nuestros derechos como nación soberana, y eso no hay más que un modo de defenderlo: a balazos y en el campo de batalla. (Bolado, 1991: 142)

Ni siquiera la catástrofe de Cavite sacudió a la prensa española de su estado delirante, para que abandonara su discurso errático e indicara al país la gravedad real del problema. Si bien algunos periódicos culparon al Gobierno de esa derrota, predominó entre ellos el sofisma de que se había salvado el honor por encima de todo y se transmitió la idea esperanzadora de que «quedaba una segunda flota, en el Atlántico, y unos ejércitos de tierra sin intervenir aún» (Álvarez, 1990: 179). Esa ceguera no perduraría por mucho tiempo y, a poco más de un mes de comenzada la campaña, algunos pocos periódicos, apoyados por sectores responsables, también minoritarios, plantearon la necesidad de concertar una paz honrosa, propuesta que ganó adeptos al evidenciarse los resultados cada vez más desastrosos para España en los frentes de combate.

Así, si el 8 de junio de 1898 el llamado de *El Globo* a tener «el ánimo dispuesto a poner término a esta lucha, [...], porque la prolongación es segura y fatalmente el sacrificio» (La jugada siguiente, 8 de junio de 1898: 1) parecía solitario, a finales de ese mes encontró eco en otros de su colegas como *La Época* y *El Tiempo*, los que exigían con firmeza que la situación de España en el conflicto demandaba cuanto antes la paz. No obstante, a ese deseo se opusieron airadamente muchos de los periódicos, en especial los pertenecientes a los republicanos y a los militares. Estos últimos, los más recalcitrantes porque les afectaba directamente, defendieron su punto de vista con que el Ejército no podía pasar por humillaciones vergonzosas y, según estampaba *La Correspondencia Militar*, «el solicitar hoy esta (la paz) lo juzgamos como un crimen de lesa Patria, e indicamos el procedimiento que debe seguirse para los que pretenden con una traición hundir en el fango despreciable de la cobardía el buen nombre de la Nación española» (Hasta el último ochavo..., 18 de junio de 1898: 1).

Pero con la derrota y hundimiento de la escuadra comandada por el almirante Pascual Cervera en la batalla naval de Santiago de Cuba, el 3 de julio de 1898, lo que hasta ese momento habían sido signos de debilidad dentro del mayoritario coro belicista de la prensa española, se convirtió en torrente casi unánime y a toda voz en favor de la paz. Esta vez pasaron a ser minoritarias las publicaciones que persistían en continuar la guerra, las cuales no tardaron en abandonar esa postura ante lo

[94]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

evidente de su inviabilidad. De este modo, periódicos que habían sido resueltamente partidarios de la solución guerrerista, como *El Imparcial*, *El Nacional*, *Heraldo de Madrid*, *El Liberal* y *El País*, dieron un giro a su línea editorial y conminaron al Gobierno para que negociara una paz rápida en aras de no perder tiempo para que fuera lo más ventajosa posible. «Hace ya días que hemos comunicado que por el decoro nacional ha hecho España, mucho más de lo necesario: ahora convienen todos en que la prolongación de la guerra solo puede conducir a una paz cada vez más onerosa. ¿Qué falta todavía?» (*Alas*, 12 de julio de 1898: 4), reproducía *La Época* un artículo de *La Correspondencia* y se hacía así portavoz de lo que ya era un clamor general.

Por entonces los hechos daban al fin la razón a los semanarios *El Socialista* y *El Nuevo Régimen* —representantes de los socialistas encabezados por Pablo Iglesias y de los republicanos federales liderados por Pi y Margall, respectivamente—, los cuales se habían opuesto a la guerra todo el tiempo y denunciaron con valentía los males de todo tipo que esta acarrearía a España.³ Fueron esas acaso las únicas publicaciones con la clarividencia de enunciar la fórmula efectiva para impedir lo que solo traería destrucción y luto: la Metrópoli debió conceder resueltamente la independencia de Cuba, sin esperar por presiones externas, antes de ir a la conflagración con Estados Unidos.

Los periódicos madrileños, aunque incrédulos en un principio ante las versiones contradictorias de lo sucedido en Santiago de Cuba llegadas a sus redacciones, sustituyeron su anterior discurso belicista por la realidad cruel del momento. De inmediato, intentaron buscar los culpables de lo que para la nación española significaba una tragedia nacional, cometido en el que enfilaron sus críticas contra el Gobierno y en el que les sería imposible a ellos mismos dejar de involucrarse en el debate que se generaría al respecto en los próximos meses. Ahora bien, como

³ No se debe pasar por alto que otros impresos socialistas como *La Aurora Social* y *La Lucha de Clases*, además del periódico provincial *Diario de Barcelona*, de Cataluña, también se habían mostrado con sistematicidad contrarios al enfrentamiento militar contra Estados Unidos (*cfr.* Santos, 1998: 103-122; Cruz, 1998: 288-292; Tobajas, 1984: 538-549).

no pocos le reclamaron, ¿era responsable la prensa del Desastre?, ¿cuánta responsabilidad le cabía? Sin discusión, era una culpa repartida, aunque en distintos grados, entre más de uno o entre todos —los gobernantes, los partidos políticos, el Ejército, la Marina, el clero, la burguesía, el pueblo... y, por supuesto, la prensa—, remedando aquel cuento de *¿Quién matou o Meco?*, narrado a *El Liberal* por Eugenio Montero Ríos y que era aplicable a España después de la derrota.⁴

En particular, sus errores habían sido el de contribuir a extraviar la opinión pública, al hacerle creer en ocasiones la posibilidad de obtener una fácil victoria ante Estados Unidos por la supuesta debilidad de sus armas, y el de empujar a la nación y al Gobierno a que no cedieran en la cuestión de Cuba y rompieran con los norteamericanos. Pero a su vez, la prensa había sido víctima en ocasiones de su desconocimiento e incapacidades;⁵ de las presiones de una mentalidad imperialista, vanidosa y patrioterista extendida por los diversos sectores de la sociedad que no entendían, cuando se trataba de las colonias, de pactos ni de concesiones;⁶ del control que ejercían sobre ella poderosos intereses políticos,

⁴ Eugenio Montero Ríos sería el presidente de la delegación española a la Conferencia de Paz en París. El mencionado cuento lo incluyó en su respuesta publicada el 20 de agosto de 1898 en *El Liberal*, como parte de una encuesta que en torno a la guerra, ese periódico venía practicando a importantes personalidades políticas desde el mes de septiembre. En el relato, con un argumento muy parecido al de la obra *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, ante la pregunta de «¿Quién matou a Meco?», todos los acusados respondían de manera idéntica: «Matámoslo todos...». Para Montero Ríos, esa situación era aplicable a todos los hombres que habían tenido que ver con la dirección de España en los últimos tiempos, si sinceramente querían entender lo que había pasado (Gómez, 1974: 29).

⁵ La prensa había sido el complaciente medio donde se expresó la ignorancia y el delirio de «los indoctos y los delirantes», según Ramón y Cajal (Cruz, 1998: 281-282). En ese sentido, el diario *El Nacional* reconoció a sus lectores: «Una de las mayores desventajas de España en sus relaciones con los Estados Unidos es el desconocimiento de aquel pueblo, cosa en que, como en tantas otras, corresponde a la prensa no poca parte de la culpa. Aquí hemos pasado de la ignorancia absoluta a la creencia de que aquel es un pueblo de cerdos ricos y nada más. [...] Parece que el patriotismo quiere eso, que se niegue al adversario toda cualidad, como si de esa suerte no se hiciese la derrota, si la hubiera, más vergonzosa, y la victoria menos gloriosa si se alcanzara» (Armero, 1998: 97).

⁶ Por ejemplo, sobre el peso que aquel estado de opinión —ayudado a formar por los periódicos y ante el que luego ellos mismos se pusieron de rodillas—

económicos y militares, a los que, por supuesto, les brindó su complicidad y les sirvió como agente;⁷ y, por último, del prurito de incrementar sus propias utilidades mercantiles en el caso de los rotativos que ya habían entrado en fase empresarial y practicaban el sensacionalismo como un modo de elevar tiradas y ventas.⁸ A esa prensa, escribió Gómez (1974), se le podían achacar gravísimos pecados, pero ni todos ni los más importantes, y era sobre todo el reflejo del ambiente en el que vegetaba.

tuvo en su actitud vacilante ante la guerra, Eduardo Gasset, director de *El Imparcial*, reflexionaría en su diario años después, en 1912, con ánimo de autorreproche: «No me perdono... la falta de acierto que implica el no proclamar a mi regreso de Cuba la necesidad de entendernos con los EE.UU... Me arredraron entonces la falta de gallardía en la postura, el posible dictado de antipatriotismo, vista la interpretación que del patriotismo se hacía, y, sobre todo, al notar qué acogida merecieron los sesudos advertimientos de D. Francisco Pí y Margall» (Sánchez, 1998: 219).

⁷ La prensa española de 1898 representaba directa o indirectamente complejos intereses políticos, militares y económicos. Si la prensa de empresa se abría paso no había dejado de existir la de partido. Todos los periódicos que se manifestaron a favor de la guerra lo hicieron con propósitos marcadamente distintos. Mientras las publicaciones republicanas buscaban una derrota que produjera en España el mismo efecto que la de Francia en 1870, las militares deseaban una victoria que les permitiera tomar el poder y salvar su honra. En tanto, si las ministeriales y otros más cautas no podían abandonar al Gobierno en un trance que llegó a ser inevitable, las empresariales respondieron a los designios de sus propietarios y accionistas, evidentemente también belicosos. Como otras veces en la historia, la prensa fue un agente al servicio de varios poderes (cfr. Juliá, 1998).

⁸ No solo en la Guerra Hispano-cubano-norteamericana, sino también en la iniciada desde 1895, las empresas periodísticas como *El Imparcial*, *El Liberal* o el *Heraldo de Madrid*, encontraron dos excelentes oportunidades para explotar el interés que este tipo de noticias despertaba en el público y poder así aumentar sus tiradas, las que se habían mantenido estáticas durante la última década. Desde ese punto de vista de rentabilidad económica, es lógico entender que estos rotativos no quisieran contrariar la «borrachera» del patriotismo predominante en la sociedad española y que preconizaban con ardor los diarios republicanos y los de los militares, debido a las pérdidas económicas que ello les hubiera infligido. Más que todo por esa causa no quisieron quedarse detrás dentro del coro patriotero de la prensa, porque como señalaría *El Imparcial* en una oportunidad: «¿Acaso íbamos a bajar los ánimos los periódicos de gran circulación manifestando nuestra patente inferioridad?» (Tobajas, 1984: 537). Dicho sea de paso, de seguro esa fue otra razón que Eduardo Gasset valoró entre los riesgos para no llevarle la contraria a aquel estado de opinión tan ilusorio como rentable.

Una vez llegado el desenlace de la guerra, la prensa española se volvió a desunir y sirvió nuevamente de escenario al enfrentamiento entre los partidos políticos en sus luchas por el poder, como había sido antes de los sucesos del Maine, cuando por un momento cesó sus críticas al régimen de la Restauración y emprendió una campaña en clara respuesta a las insidias norteamericanas. Como la situación por la que atravesaba España era favorable al estallido de rebeliones, y los periódicos — sobre todo los más extremistas, inspirados por fuerzas políticas como los republicanos y los carlistas — mostraban un lenguaje verdaderamente sedicioso, el Gobierno determinó por Real Decreto de 14 de julio de 1898 la suspensión de las garantías constitucionales y el establecimiento de la censura previa a la prensa bajo el fuero de los militares.

En los meses siguientes hasta la firma de la paz en el Tratado de París, el 10 de diciembre de 1898, las publicaciones tuvieron que limitar su discurso y se centraron, dentro de las normas impuestas por los censores, en las actuaciones de las autoridades civiles y militares, el acontecer en los territorios coloniales en juego, la reorientación del comercio ibérico hacia Europa, la repatriación de los soldados, las negociaciones de paz, el ocaso imperial de España, el destino de los restos de Colón, el relato de la guerra y otros numerosos temas. Fue precisamente en medio de aquel ambiente de escepticismo colectivo, en el que apareció uno de los artículos más recordados de la historia de la prensa española, primera expresión del regeneracionismo como actitud espiritual antes de convertirse en posición política. De la pluma de Francisco Silvela y publicado el 16 de agosto de 1898 en el diario *El Tiempo*, «Sin pulso» ofreció el diagnóstico de los males de su época y presentó el modo de combatirlos en una España que, como cuerpo moribundo, se sumía en la más absoluta desesperanza tras el fin definitivo de su gloria imperial.

Finalmente, con el desenlace de la guerra primero y luego con la firma del Tratado de París, la prensa tuvo que enfrentarse a una «crisis de lectores», que se extendería a lo largo de varios años. Según testimonios de la época, «en las redacciones de los grandes periódicos se hablaba de crisis, sus tiradas bajaban como si los lectores estuvieran cansados y se apartasen de aquella prosa periodística que antes les apasionaba y ahora les parecía hueca

[98]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

y sin sentido» (Cruz, 1998: 278). Era, sin duda, el desinterés normal ante la puesta en escena de un sensacional espectáculo, el de la guerra, que llegaba a su fin; pero también un ajuste de cuentas, pues el público que había seguido el desarrollo de la campaña por estas publicaciones, con el interés de mantenerse informado de los pormenores en los que se definía el destino del país y el de muchos de sus familiares que peleaban como soldados, sabía que se le había informado sin objetividad y, por ello, la letra impresa ya no le merecía la misma confianza. A ello se sumó, desde luego, el rechazo que para los lectores suele generar una prensa censurada, debido a su desinformación y sus zonas de silencio, a veces hasta en los temas menos complicados o perniciosos para la norma impuesta por los censores o los poderes que representan.

Desde luego, factores económicos y los propios cambios estructurales dentro de las empresas periodísticas incidieron, en lo sucesivo, en la caída abrupta de las tiradas. Salvo aquella subida ficticia en números de ejemplares y ventas a costa de sensacionalismo, la prensa no cambió en nada o cambió muy poco al término de aquel fatídico año (*cfr.* Edo, 1998). Muy lejos de parecerse a sus homólogos franceses, ingleses o norteamericanos, los periódicos españoles seguían siendo aquellas cuatro páginas de columnas apretadas y poco atractivas, sin apenas imágenes, los cuales no podían soñar con un público de masas, porque el 63,8 por ciento de los habitantes de la Península, de una población total de 18 500 000, era analfabeto (Fuentes & Fernández, 1998: 168).

Visto solo desde este ángulo, sería reducir a la prensa al ámbito del negocio y no también como la institución que intenta velar por el bien social, como se ha evidenciado muchas veces en la historia. De hecho, en las redacciones periodísticas de aquella España finisecular acaso se sufrió como en pocos sitios la angustia general del país por el Desastre y, desde las páginas de muchos de los mismos periódicos que antes contribuyeron al engaño, se intentó mostrar a la nación el camino para deshacerse de sus rémoras. No es de extrañar entonces que, en la Navidad funesta de 1898, más de un lector fiel encontrara algún ingenioso mensaje que le permitiera sonreír ante la desdicha de su pasado reciente y a la vez mirar el futuro con optimismo, como este que con el título

de «Fin de año» y en versos daba a conocer *La Ilustración Española y Americana*:

El año desaparece / Y al extinguirse pregona / Que este globo pertenece / A la raza anglosajona, / Ella hereda al que fallece, / Y si hay un agonizante, / Le dice en tono festivo: / Ya ha vivido usted bastante; / Conque muérase al instante: / Si no, le enterramos vivo. / Breves son risa y dolor; / No duran el bien ni el mal: / Si este año ha sido fatal, / Otro año vendrá mejor. (Fernández, 1898: 375)

REFERENCIAS

- ALAS, G. (12 de julio de 1898). «El aplazamiento nada resuelve» [Hojeando periódicos]. *La Época*, Madrid, L(17 277), 4.
- Actitud de España. (18 de febrero de 1898). *Heraldo de Madrid*, Madrid, IX(2 657), 1.
- ÁLVAREZ, J. (1990). *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid: Alianza Editorial.
- ARMERO, A. (1998). *Fragmentos del 98. Prensa e información en el año del desastre*. Madrid: Consejería de Educación y Cultura, Comunidad de Madrid.
- BOLADO, N. (1991). *La independencia de Cuba y la prensa: apuntes para la Historia*. Cantabria: Ayuntamiento de Torrelavega.
- Contestación a Mr. Woodford. (27 de enero de 1898). *El Imparcial*, Madrid, XXXII(11 046), 1.
- CRUZ SEOANE, M. (1998). «La prensa y la opinión pública». En P. Laín Entralgo y C. Seco Serrano (Eds.), *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, 227-294.
- Cuba y los Estados Unidos. (25 de enero de 1898). *La Época*, Madrid, L(17 111), 1.
- EDO, C. (1998). «Los periódicos de Madrid en 1898». En *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, (4), 39-60.
- España no se asusta. (15 de marzo de 1898). *El Imparcial*, Madrid, XXXII (11 093), 1.
- FERNÁNDEZ, J. (30 de diciembre de 1898). «Fin de año». *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, XLII(XLVIII), 375.
- FUENTES, J. F. & FERNÁNDEZ, J. (1997). *Historia del periodismo español: prensa, política y opinión pública en la España contemporánea*. Madrid: Editorial Síntesis.

[100]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

- GÓMEZ, P. (1974). *Historia del periodismo español. De las guerras coloniales a la Dictadura*, T. III. Madrid: Editora Nacional.
- Hasta el último ochavo. Hasta el último hombre. (18 de junio de 1898). *La Correspondencia Militar*, Madrid, XXII (6 200), 1.
- JULIA, S. (1998). «El león que no quería pelear». *Aquella guerra nuestra con Estados Unidos... Prensa y opinión en 1898*. Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 17-33.
- La jugada siguiente. (8 de junio de 1898). *El Globo*, Madrid, XXIV (8 230), 1.
- SÁNCHEZ, J. C. (1998). «El Imparcial ante la Guerra de Cuba». *Historia y Comunicación Social*, (3), 201-221.
- SANTOS, F. (1998). *1898: La prensa y la Guerra de Cuba*. Vizcaya: Asociación Julián Zugazagoitia.
- SEVILLA, R. (1996). *La Guerra de Cuba y la memoria colectiva. La crisis del 98 en la prensa sevillana*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- _____ (1998). España-Estados Unidos, 1898: impresiones del derrotado. *Revista de Occidente* (202-203), 278-293.
- TOBAJAS, M. (1984). *El periodismo español. Notas para su historia*. Madrid: Ediciones Forja.

Recepción: 19 de junio de 2018
Aprobación: 7 de agosto de 2018